

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE
FACULTAD DE HUMANIDADES

XII JORNADAS DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA DE LA UNNE
“Problemas y discusiones sobre la circulación de pensamientos filosóficos en América Latina”

Resistencia (Chaco), 11, 12 y 13 de Octubre de 2012

Panel: “Los sentidos de la disputa por el territorio en América Latina: itinerarios, reflexiones y experiencias locales”

Coordinador: Maximiliano Román

Cambios globales, resistencias locales

Los procesos socio-económicos a nivel global parecen cada vez más responder a un modelo de “acumulación por desposesión”, en términos de David Harvey. Este teórico propone ampliar la noción de “acumulación originaria”, acuñada por Karl Marx en referencia al proceso de génesis del capitalismo, para incluir los mecanismos de funcionamiento de ese mismo sistema en la actualidad. Frente a las crisis de sobreacumulación como la actual, sostiene Harvey, la dinámica del capital ya no se basaría centralmente en la *reproducción ampliada* (a través de la explotación del trabajo vivo en la producción), sino sobre todo en la acumulación a través de la violencia, la expropiación económica, la destrucción de territorios y la depredación ambiental (Harvey, 2004). De este modo, la acumulación por desposesión permitiría mantener los niveles de consumo y las tasas de ganancia, al compensar la incapacidad crónica de sostener el capitalismo a través de la reproducción ampliada.

En América Latina, además, lo anterior se conjuga con una demanda cada vez mayor de materias primas o bienes de consumo por parte de los países desarrollados. Esto implica la expansión del modelo extractivo exportador en nuestro continente, sobre la base de una explotación desmedida de los recursos naturales no renovables y la constante expansión de las fronteras del capital hacia nuevos territorios (las fronteras agrícola, petrolera, minera, energética, forestal). En definitiva, la coyuntura actual termina por definir como principal eje de disputa la cuestión del territorio y la apropiación de los recursos naturales (Svampa, 2010).

La nueva etapa se expresa concretamente en la multiplicación de los proyectos de megaminería a cielo abierto, las grandes represas, los proyectos de infraestructura interestatal, la privatización de tierras, el boom de los agronegocios y los biocombustibles. En su conjunto, estos proyectos “destruyen y reorientan la economía de pueblos enteros, sus estilos y condiciones de vida, y amenazan en el mediano plazo la sustentabilidad ecológica” (Svampa, 2009).

El giro eco-territorial de las luchas populares

En esta etapa, cada vez más, la defensa del territorio es el punto de partida de los reclamos campesinos, indígenas y de los movimientos sociales. La dinámica de la lucha tiende a ampliar los ejes del reclamo, incluyendo temas tales como la discusión por el modelo de desarrollo y la preservación de los recursos naturales. Por esta razón, algunos autores hablan de un “giro eco-territorial” de las luchas populares en América Latina (Svampa, 2010, p. 36). El cruce entre elementos del ambientalismo y de la matriz indígena-comunitaria potenció un lenguaje de valoración sobre el territorio que se opone a la visión desarrollista dominante. Los conflictos se caracterizan por enfrentar, por un lado, una alianza entre las empresas transnacionales y los estados

que promueven un determinado modelo de desarrollo, y por otro lado, las comunidades locales que resisten a un modelo y a un estilo de vida que pretenden imponerles.

Al calor de este proceso han ido cobrando importancia y visibilidad tanto las luchas ancestrales por el territorio, por parte de movimientos indígenas y campesinos, como las nuevas formas de movilización ciudadana en defensa de los recursos naturales, la biodiversidad y el medio ambiente. Se multiplicaron así los movimientos socioambientales y las instancias de coordinación entre movimientos, que permiten mantener las demandas en el tiempo.

En definitiva, la dinámica de los conflictos va configurando un nuevo mapa de las resistencias que es diferente de la década previa, pero que mantiene elementos de su lenguaje de movilización: la utilización de la acción directa, la expansión de la forma asamblea y la demanda de autonomía (Svampa, 2008). Todo lo cual configura un “ethos militante”, es decir, un conjunto de orientaciones político-ideológicas que configuran la acción colectiva y se expresa en nuevos modelos de militancia.

Sentidos de la idea de “territorio”

En la mayor parte de las luchas populares el territorio es concebido en un sentido amplio, es decir, como hábitat y como comunidad de vida al mismo tiempo, en un vínculo estrecho entre paisaje, historia larga de la región, defensa del ambiente y oportunidades de vida. Las diferentes significaciones y valoraciones que se le atribuyen van configurando determinadas territorialidades (Svampa, 2009). La disputa por el territorio implica entonces una “tensión de territorialidades”, ya que generalmente las empresas y el Estado presentan su visión de la territorialidad como excluyente de las territorialidades existentes. Así, la definición de lo que es territorio y, en general, de cuál es el modelo de desarrollo viable, se convierte en el eje del conflicto (Svampa, 2008).

Gran parte del lenguaje de valoración sobre el territorio se asienta sobre una matriz indígena-comunitaria, relegitada a la par del avance de la globalización neoliberal. Su modelo de acumulación por desposesión choca de lleno con los modos de vida de las comunidades campesinas e indígenas y pone en riesgo la preservación de los recursos básicos para la vida.

El panorama se agrava aún más frente a un escenario actual que alimenta la “ilusión desarrollista” (Svampa, 2008), por la cual se relega la discusión acerca de los modelos de desarrollo posible y se impone una visión productivista de los recursos naturales. Todo ello apuntalado por la fuerte demanda de commodities por parte del mercado mundial, que ha permitido a los países latinoamericanos lograr altos índices de crecimiento económico y superávit fiscal.

Algunos casos de disputa por el territorio en América Latina

Un caso paradigmático de disputa por el territorio en el marco de las transformaciones actuales del capitalismo es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, públicamente conocido a partir de su levantamiento en Chiapas (México) el 1 de enero de 1994. El movimiento zapatista produjo una reformulación de los planteos de las izquierdas latinoamericanas en cuanto a su concepción de la “toma del poder” como objetivo último. Su interpelación específica hacia los pueblos originarios se combinó con una interpelación global a una forma de concebir la política desde abajo, reclamando autonomía, horizontalidad y democracia directa (Svampa, 2010). Al mismo tiempo, el EZLN ha generado instancias concretas de autodeterminación, mediante la apropiación de territorios y el autogobierno de las comunidades.

En paralelo, muchos otros ejemplos de lucha territorial han ido surgiendo a lo largo y ancho de América Latina. El Movimiento de trabajadores rurales Sin Tierra (MST) en Brasil, nacido a mediados de los '80, agrupa a millones de campesinos expulsados que permanentemente disputan con los latifundistas el control de los territorios y avanzan en su recuperación. Algo similar ocurre con el movimiento de “carperos” en Paraguay, quienes se encuentran resistiendo el avance de la soja transgénica, la concentración de las tierras como herencia de una larga dictadura y los golpes parlamentarios. En Argentina, los movimientos campesinos funcionan con una dinámica similar en

el ámbito rural y en un marco de creciente represión, como lo demuestran los asesinatos de los militantes del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCAS): Cristian Ferreyra en noviembre del año pasado y Miguel Galván hace sólo unos días. En el ámbito urbano, la disputa pasa por el control territorial, y es encarnada por los movimientos piqueteros frente a la acción del asistencialismo estatal y los punteros políticos. A ello se suman las “tomas” de tierras en las periferias de las ciudades, como recurso histórico para la construcción del hábitat popular.

Nuestra ciudad de Resistencia tiene una larga historia de tomas que han ido configurando un cinturón de 270 asentamientos que rodean el ejido urbano, algunos con varias décadas de antigüedad. Además existen otros 62 casos en el interior, por lo que en la provincia son 333 asentamientos.¹

Sin embargo, cabe señalar que la dinámica de los asentamientos se ha transformado en los últimos tiempos. Anteriormente las denominadas “villas miseria” eran resultado de ocupaciones lentas, no planificadas, protagonizadas por familias migrantes que se iban asentando desordenadamente en terrenos fiscales inutilizados (Romagnoli, 2004).

Hacia fines de los '90, en cambio, las ocupaciones comenzaron a producirse de manera repentina, mayoritariamente en terrenos privados, donde las familias se distribuían en el espacio de forma regular (Benítez, 2000). Esto supone un nivel de organización de los participantes con múltiples fines (instalación, resistencia al desalojo, obtención de beneficios comunes) y en diversos niveles (interno, entre los vecinos de un mismo asentamiento, y externo, en vinculación con otros asentamientos u otras organizaciones), que se explica por la pertenencia de los ocupantes a grupos organizados previamente existentes (comisiones vecinales, pero sobre todo, Movimientos de Trabajadores Desocupados). Uno de estos casos fue protagonizado por quienes hoy nos acompañan: vecinos del barrio Mapic que integran la Federación de Organizaciones de Base, quienes en agosto pasado realizaron una ocupación.

A diferencia del Chaco, en el caso de la provincia de Corrientes las tomas de tierras urbanas parecen ser un fenómeno relativamente reciente, que cobró visibilidad pública a partir de la toma del barrio Pirayuí, durante el pasado mes de julio. En una sola jornada más de 300 familias tomaron los terrenos, y durante los días siguientes se agregaron más familias y más terrenos. Según los artículos periodísticos, existirían unas 230 hectáreas ocupadas en la ciudad de Corrientes.² Estos hechos pusieron de relieve la gravedad del déficit habitacional, y son algunos de los quisieramos poner hoy en debate.

Bibliografía

- Benítez, Andrea (2000). “Ocupaciones de tierra, Movimientos sociales y Construcción de Identidad. Un análisis de los Movimientos de Trabajadores Desocupados y Ocupantes de Tierra en Resistencia, Chaco”. En: *Topos y Tropos*. N° 4. Disponible en URL: <http://www.toposytropos.com.ar/N4/tesis/benitez.htm>
- Harvey, David (2004). “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión”. En: Panitch, Leo y Leys, Colin (coords.). *The Socialist Register 2004: El nuevo desafío imperial*. CLACSO, Buenos Aires. Pp. 29-129.
- Romagnoli, Venettia (2004). *Casos experimentales de resolución habitacional. Hipótesis iniciales - situación actual: Barrio Santa Catalina*. Informe Final Beca de Iniciación a la Investigación. Resistencia: Instituto de Investigación y Desarrollo en Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional del Nordeste. (Inédito).
- Svampa, Maristella (2008) “Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”. En: *Revista OSAL*. N° 24. CLACSO, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella (2009). “Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina”. En: *Problèmes de l'Amérique Latine*. N° 74. La Documentation Française, París. Pp.113-137.
- Svampa, Maristella (2010). “Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demandas de autonomía y giro eco-territorial”. En: *Revista Internacional de Filosofía Política*. N° 35. UNED/Universidad Autónoma Metropolitana, Madrid. Pp. 21-46.

¹ “333 asentamientos en toda la provincia”. *Diario Norte*. Resistencia, 09/09/2012

² “En Corrientes ya hay más de 230 hectáreas ocupadas ilegalmente”. *Diario El Libertador*. Corrientes, 24/09/2012